

RIFKIN, JEREMY.: *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Barcelona. Paidós; 1996.

En los últimos años asistimos a un renovado interés por la literatura económica y el supuesto valor, procedencia y eficacia de los distintos modelos económicos vigentes en el mundo contemporáneo. En realidad, dicho auge se ha producido en parte en lo que podríamos llamar publicaciones divulgativas de calidad que intentan, desde una u otra óptica, explicar los cambios a los que se han visto sometidas las sociedades capitalistas en las últimas décadas. No hay que desdeñar cierto sentido milenarista en este tipo de literatura preocupada por el futuro del sistema. El fin de siglo daría pie a una serie de aventuras predictivas que tienen como telón de fondo el siglo venidero y las posibles alternativas que puede adoptar el capitalismo.

En este sentido, el libro escogido para esta reseña responde fielmente a esta caracterización. En efecto, Jeremy Rifkin plantea en *El fin del trabajo* un análisis sobre las consecuencias de la innovación tecnológica sobre el empleo y sobre el futuro del sistema capitalista. No hay que olvidar que el autor pertenece a esta clase de académicos norteamericanos que mantienen una posición influyente como líderes y creadores de opinión. En el caso de Rifkin, ello se combina con una notable ocupación como activista político. El libro es deudor de esta doble tarea: al autor no sólo le preocupa el análisis de los problemas generados por la revolución tecnológica, sino que sus formulaciones son también una guía que incluye soluciones a los problemas planteados.

La tesis principal de Rifkin parte de las disfunciones generadas por la tercera revolución industrial: la era de las tecnologías de la información y la comunicación estaría causando una verdadera revolución sobre el trabajo, desplazando a millones de trabajadores de los mercados laborales y condenándolos bien al desempleo, bien a formas de empleo precario. Es una visión catastrofista, rozando el milenarismo, que termina con un proyecto: la reconsideración del concepto de trabajo tal como se ha entendido hasta ahora en un nuevo pacto global que altera los cimientos sobre los que se ha asentado y expandido el sistema capitalista desde su creación hace más de dos siglos.

Si bien su análisis tiene algunos puntos bien razonados, el libro peca de exceso de predicción, cierta hipérbole basada en consideraciones no mostradas, y algunos argumentos tautológicos que desmerecen lo que podría haber sido un análisis más sereno del capitalismo a finales de siglo. Sin embargo, la crítica más evidente al análisis de Rifkin se encuentra en el determinismo

tecnológico que aplica sin concesiones. La tesis del determinismo tecnológico es trasnochada y ha quedado superada tanto por la teoría como por nuevas investigaciones empíricas. La tecnología no es autónoma, sino que forma parte de toda un entramado de factores institucionales, societales, laborales y políticos. La innovación tecnológica no puede ser la única variable que explique la crisis de empleo que padecen las economías capitalistas desarrolladas. Entre otras razones, la tesis del determinismo tecnológico no daría cuenta de las diferencias nacionales en la configuración de los mercados de trabajo y los niveles de empleo. Resulta algo ingenuo hacer depender el futuro del capitalismo de la variable tecnológica sin atender al concurso de otros factores ni analizar las diferencias societales.

El libro está organizado en torno a un argumento central: el advenimiento y consolidación de la tercera revolución industrial está teniendo efectos muy importantes sobre el empleo, en el sentido de una destrucción sistemática e imparable de puestos de trabajo. Ninguna otra revolución anterior ha tenido efectos tan desastrosos sobre los mercados de trabajo, ya que hasta entonces los excedentes de mano de obra eran incorporados al sector que nacía de la nueva revolución industrial. En estos momentos, la revolución propiciada por las tecnologías de la información y la comunicación resulta incapaz de absorber el empleo disponible, ya que cada vez es necesario un menor número de trabajadores para producir mayores cantidades de bienes y servicios (incremento espectacular de la productividad). Todo apunta a la misma dirección: la destrucción sistemática de empleos y la incapacidad del modelo para crear nuevos puestos de trabajo que compensen las pérdidas. En opinión del autor, se confirma un panorama desalentador presidido por la imagen de millones de trabajadores desempleados en todo el mundo con escasas posibilidades de acceder a un empleo o de hacerlo en los mercados de trabajo primarios.

Tal situación límite conduce al autor a una solución radical e imaginativa, y que él intuye como la única posible: la expansión de la economía social en un nuevo compromiso donde el sector privado y el sector público dejan paso a la expansión del tercer sector. Es lo que Rifkin llama la era posmercado. Poco más se cuenta en el libro, la sucesión de páginas y capítulos vuelven una y otra vez sobre la misma idea y sobre el mismo diagnóstico catastrofista, o cambia el modelo, o las consecuencias serán imprevisibles (aunque siempre de tono negativo) para la estructuración social y económica del mundo del siglo XXI.

Rifkin analiza las posibilidades de los distintos sectores de la economía así como su potencial relativo para la creación de empleo. La conclusión es

negativa: el sector secundario está destruyendo empleo y el sector terciario se muestra incapaz de absorber esos excedentes de trabajo. Existe además un proceso paralelo y estrechamente unido a la aplicación de las nuevas tecnologías; la reingeniería empresarial, definida como aquellos procesos organizativos y de gestión que tratan de adaptar las nuevas tecnologías de la información a las empresas. Dichos procesos realimentan los efectos perversos de las nuevas tecnologías, ya que además de aumentar espectacularmente la productividad, reducen la masa laboral (sobre todo en los puestos intermedios del sector industrial).

El concepto que subyace en esta formulación se resume en que los sistemas productivos de los países desarrollados han dejado de crear empleo. Además del argumento del desempleo tecnológico -idea seminal en el análisis de Rifkin -, existe otra tesis muy extendida según la cual, tal incapacidad sería consecuencia de la globalización de la economía. El incremento de la competencia mundial por mor de los procesos de mundialización sería la razón explicativa de la destrucción de empleo industrial en las economías avanzadas. La producción a bajo coste de bienes industriales por parte de las nuevas economías capitalistas habría dejado en clara desventaja competitiva al sector secundario en los países desarrollados. Tal razonamiento, que ha presidido parte del debate acerca de las transformaciones estructurales del capitalismo, es en la actualidad objeto de crítica y revisión. El mismo Fondo Monetario Internacional, defensor a ultranza del comercio internacional y la competencia, atribuye a los procesos de mundialización tan sólo el veinte por cien de la pérdida de empleo industrial en los países desarrollados.

Para Rifkin, que desconfía de cualquier razonamiento alternativo, la causa fundamental estriba en los procesos de automatización inherentes a la tercera revolución industrial; el desempleo es básicamente desempleo tecnológico.

Resulta sorprendente la vehemencia de Rifkin en defender la tesis del determinismo tecnológico. La teoría sobre la innovación tecnológica que hoy predomina en la sociología y la economía del trabajo es una visión multicausal y no determinista. Ya sea en la versión pesimista de Rifkin (heredera por lo demás de la escuela bravermaniana), ya en la versión más optimista (escuela neoschumpeteriana), el determinismo tecnológico ha sido desechado. En las nuevas formulaciones, la tecnología es un elemento más de la estructura socio-productiva; lo social no puede separarse de lo técnico. La introducción de nuevas tecnologías resulta en una serie de opciones estratégicas, condicionadas a su vez por un elenco de factores, que varían en los distintos contextos nacionales. Es por ello ciertamente ingenuo atribuir, tal

como hace Rifkin, todas las transformaciones estructurales del capitalismo a la tercera revolución tecnológica.

Rifkin recoge la visión pesimista del determinismo tecnológico que arranca de Marx y se mantiene en toda la tradición crítica de la sociología del trabajo. Según esta tesis, la innovación tecnológica sería la causante ya no sólo del desempleo, sino también de la progresiva descualificación de la fuerza de trabajo. Rifkin atribuye al desarrollo de la tecnología no sólo la pérdida de cualificaciones y control del trabajador sobre su puesto, sino también el creciente nivel de empobrecimiento en la clase obrera norteamericana. La investigación más reciente contesta esta tesis mostrando cómo la supuesta influencia de la tecnología sobre los procesos de cualificación/descualificación no dependen de la misma tecnología sino de la forma de implementarla. De nuevo, el autor hace depender de la variable tecnológica procesos de cambio estructurales y consecuencias de la aplicación de determinadas políticas económicas sin hacer distinción entre ambas.

De lo comentado, se desprende que Rifkin no asume la visión neoschumpeteriana (optimista) de la tecnología como generadora de nuevos puestos de trabajo. Según el autor, en la tercera revolución industrial ha dejado de cumplirse la ley de Say, según la cual la oferta crea su propia demanda. La apertura de nuevos mercados, la intervención pública o la invención del consumo de masas resolvieron en el pasado los problemas generados por anteriores revoluciones tecnológicas. Sorprende en la lectura la visión catastrofista y la intención insistente del autor por hacernos creer que eso ya no será posible en la actualidad ni en el inmediato futuro:

“En el pasado, cuando una revolución tecnológica afectaba al conjunto de los puestos de trabajo en un determinado sector económico, aparecía, de forma casi inmediata, un nuevo sector que absorbía el excedente de trabajadores del otro(...). Sin embargo, en la actualidad, dado que todos estos sectores han caído víctimas de la rápida reestructuración y de la automatización, no se ha desarrollado ningún sector significativo que permita absorber los millones de asalariados que han sido despedidos”.

El autor no explica en detalle por qué lo que valía entonces ya no funciona ahora, con lo que el argumento termina por parecer poco creíble, o cuando menos escasamente razonado. Pondré un ejemplo: Rifkin relata cómo los gobiernos han utilizado el gasto público como recurso para evitar el colapso de la economía. La llegada al poder de la administración conservadora en Estados Unidos acaba con ese recurso (salvo en gastos de defensa) con el objeto de reducir el déficit público. Ahora bien, y esto es lo que Rifkin no entiende, o al menos no explica con claridad, que un gobierno

conservador recortara el gasto público (más bien el gasto social) no depende de la revolución tecnológica sino de la aplicación de un determinado modelo económico; la economía de la oferta y el neoliberalismo. El autor mantiene a lo largo de su obra dudas acerca de la potencialidad de ese modelo, pero no es capaz de distinguir entre lo que podrían ser tendencias estructurales del desarrollo del capitalismo (revoluciones tecnológicas) y aplicación de recetas de política económica. Esta confusión va a repetirse a lo largo del libro y es consecuencia del exceso de determinismo tecnológico. Tal confusión impide la construcción de un modelo teórico que explique las relaciones entre tecnología y empleo.

La experiencia de la investigación muestra cómo el estudio de casos, la investigación comparada y el análisis de los mercados de trabajo, ha de ser realizada con detalle, prestando atención a las especificidades societales y sin propósitos tan omniexplicativos y generalizantes como los pretendidos por Rifkin.

La pregunta final es ¿puede seguir creando empleo el sistema capitalista o, por el contrario, es necesario una revolución estructural que inaugure una nueva etapa en el desarrollo capitalista? Rifkin opta por la segunda vía ofreciendo dos alternativas complementarias: el reparto del tiempo de trabajo y la extensión del tercer sector de la economía (la economía social). Desde estas páginas nos permitiremos criticar sus propuestas y optar por la primera parte de la proposición: nada hace pensar que el capitalismo como sistema haya perdido completamente la capacidad para crear empleo y generar riqueza.

Comencemos por la idea, de larga tradición en la academia y en las relaciones industriales, del reparto del tiempo de trabajo. Como todas las recetas, esta tesis mantiene defensores y detractores. Entre los primeros, en los cuales se incluye Rifkin, el reparto del trabajo permite un equilibrio más justo y solidario del empleo, logrando asignar más eficientemente el escaso empleo disponible. Conseguir trabajar menos para trabajar todos implica necesariamente un “nuevo movimiento político transcultural basado en la integración de diferentes comunidades con los mismos intereses”. Más allá de la consecución de ese pacto, lo cierto es que en Rifkin ese argumento se vuelve tautológico; si lo que sobra es trabajo, difícilmente se reducirá el desempleo con una semana laboral más corta (el empresario puede adaptar la productividad a la masa laboral existente sin necesidad de crear más puestos de trabajo). Además, partiendo de la premisa de que los incrementos de productividad generados por las nuevas tecnologías son inevitables y provocan necesariamente desempleo, no vemos cómo el reparto del tiempo de trabajo puede cambiar esa tendencia que Rifkin considera inmanente al desarrollo del sistema capitalista.

La segunda alternativa al fin del trabajo pasa por la potenciación del tercer sector o economía social. Rifkin habla de “replantearnos las bases mismas del contrato social comúnmente aceptadas” como el medio para conseguir un nuevo modelo de capitalismo. Se trataría de reconvertir a la actividad económica el voluntariado, transformándolo en capital social, de manera que toda esa economía fuera del mercado y controlada desde la comunidad pase a formar parte como intercambio en el mercado. En mi opinión, las bases del sistema capitalista no permiten que una parte desmercantilizada de la economía genere riqueza y crecimiento económico. El pacto global propuesto por el autor es muy loable pero en el corto plazo se acerca más a una declaración de principios que a un plan de acción. Plantear un intercambio de salario social por trabajo voluntario puede ser una medida concreta y de apoyo en algunos sectores (la reciente aprobación del plan de empleo juvenil del Gobierno francés se inscribe en esta línea, aunque, es el sector público, y no el tercer sector, el que toma la iniciativa), pero no se puede apostar por una solución que cambia radicalmente la naturaleza del sistema económico conservando lo fundamental del mismo. Todavía estamos lejos de poder incluir en las magnitudes macroeconómicas el valor generado por estos sectores fuera del mercado (conviene recordar a este respecto, ya que Rifkin apenas se detiene en él, que la economía feminista lleva tiempo denunciando la invisibilidad en las cuentas nacionales (PIB) del trabajo reproductivo de las mujeres). De otro lado, no se explica por qué el tercer sector no terminaría por estar sujeto a las mismas tensiones de innovación tecnológica y consiguientemente de desplazamiento progresivo de mano de obra.

En contra de uno de los mayores puntos de consenso entre los economistas, Rifkin establece una relación negativa entre crecimiento de la productividad y el empleo. Aceptando la primera versión, cada vez se encuentra más literatura económica que aboga por un relanzamiento del sector público, sobre todo en un sector que parece puede generar riqueza, alentar el círculo virtuoso del consumo y, como corolario, crear empleo; nos estamos refiriendo al llamado sector de servicios a personas. La solución sería la entrada en el mercado de servicios realizados hasta el momento por la familia y, básicamente por las mujeres. De alguna forma, se basa en un argumento similar al de Rifkin, al llamar la atención sobre una parte de la producción que no forma parte del mercado. La diferencia estriba en que la introducción de este tipo de servicios en la economía mercantil no es automática (como propone Rifkin) ni se reduce a un ejercicio de voluntarismo (o voluntariado). Es el sector público el que, en definitiva, ha de romper una lanza hacia el cambio de modelo económico, desde la economía de la oferta hacia otro modelo más justo, que distribuya más equitativamente el crecimiento económico.

Si, contrariamente a la idea defendida por Rifkin, se cree en la capacidad del sistema capitalista para seguir generando empleo, la cuestión entonces se discute en otro plano: en el de las políticas económicas. Sin duda, el análisis de Rifkin tiene el mérito de llamar la atención sobre las tensiones desintegradoras y el aumento de la desigualdad que ha generado el sistema capitalista en las últimas décadas, aunque falla en el diagnóstico de tal crisis. Esta no es sólo imputable a la innovación tecnológica, sino a tendencias estructurales del propio sistema y también de forma no desdeñable a la aplicación de políticas liberales a ultranza que han exacerbado la atribución desigual de recursos que, en definitiva, le es propia al capitalismo. De cualquier forma, la experiencia histórica muestra cómo el sistema puede lograr un equilibrio (inestable) entre eficiencia e igualdad, entre crecimiento económico y desarrollo sostenible.

El texto de Rifkin se inscribe en un momento de búsqueda y experimentación, avivado por el fin del milenio, donde una multiplicidad de enfoques enriquecen la agenda de investigación y la actividad política. La reflexión sistemática y una necesaria reactivación de la sociedad civil y la comunidad son más que buenas razones para confiar en el logro de un capitalismo más justo y con mayores oportunidades de empleo para el próximo siglo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA:

Algunas referencias bibliográficas de variable factura y desigual rendimiento académico, pero que de una u otra forma se inscriben en la línea de análisis comentada, son:

- ALBERT, M. : *Capitalismo contra capitalismo*. Barcelona, Paidós; 1992.
- BARNET, R.J. y CAVANAGH, J. : *Sueños Globales. Multinacionales y el nuevo orden mundial*. Barcelona, Flor del Viento Ed.; 1995.
- FREEMAN, Ch. y SOETE, L. : *Cambio tecnológico y empleo. Una estrategia de empleo para el siglo XXI*. Madrid, Fundación Universidad-Empresa; 1996.
- HEILBRONER, R.: *El capitalismo del siglo XXI*. Barcelona, Península; 1996.
- KRUGMAN, P. : *Vendiendo prosperidad. Sensatez e insensatez económica en una era de expectativas limitadas*. Barcelona, Ariel; 1994.
- THURROW, L.: *La guerra del siglo XXI (Head to Head). La batalla económica que se avecina entre Japón, Europa y Estados Unidos*. Buenos Aires, Vergara; 1992.

Obdulia TABOADELA ÁLVAREZ